

Sus palabras en esa ocasión fueron insolentes. Dijo: "Haced pagar a los ingleses tan alto precio como sea posible por este acto de salteadores de caminos."

Este Almirante afirmó que "en Flandes los franceses habían sido traicionados por los ingleses; que en Djibouti éstos habían tratado de matar de hambre a mujeres y niños, y que habría de venir el día en que Inglaterra tuviese que pagar por todo ello."

Por todos estos motivos de política interna y exterior toda la prensa de las naciones aliadas había presentado al mundo la figura de Darlan como la de un traidor a su patria y a la causa de las ideas que ella representó siempre en Europa.

Fué, pues, para el público de las naciones aliadas un choque doloroso saber que el traidor Almirante Darlan había sido aceptado como jefe político del Africa del Norte, así por los ingleses como por los norteamericanos. Se sintió en esto un contrasentido de orden moral

que sólo se explicaba por motivos de conveniencia circunstancial. Así lo han explicado la prensa y la radio inspiradas por hombres responsables.

Mas tiene el observador el derecho a preguntarse si a medida que se vayan liberando los pueblos subyugados por Alemania, por conveniencias de carácter militar, se intenta dejar con su manchada investidura de caudillos políticos en la dirección de los negocios del Estado a quienes por su conducta de sumisión cobarde y traidora se hicieron indignos de tal honor.

La democracia no quedaría bien servida, si por conveniencias militares los Quíslines y Lavales continuasen gobernando con la aquiescencia de los triunfantes Aliados.

Un ponzoñoso nudo gordiano se cortó con la muerte del Almirante Darlan.

R. BRENES MESÉN

Costa Rica, febrero de 1943.

3 cuentos de Mercedes Maiti

(En el Rep. Amer).

Juan Peludo y las siete calamidades

Se puso muy mala una señora al dar a luz a un niño. La muerte se presentó a llevársela; al ver a la criatura se condeolizó de la enferma y por poquito desobedece y deja viva a la madre, mas recordó que su ley era infalible.

La madre, no teniendo a quien recomendar el niño, se lo encargó a la muerte. La muerte dijo:

—Yo voy a ser la madrina, se llamará Juan Peludo y será feliz.

La señora entregó tranquila su alma a Dios. La muerte hacía el ratico para cuidar al niño.

El niño se crió, creció, gracias a los cuidados de su madrina.

Tendría el chiquito como unos diez años, cuando dispuso la muerte darle armas para la vida. La muerte era feliz en su papel de madre, a veces, hasta descuidaba sus fatales oficios por dejar bien peinado a Juan, porque su recomendado era peludo y la calva gozaba con el pelo de Juan.

—Madrina, dijo Juan, cuando tenga un lugarcito lléveme a pasear a sus dominios.

—Si me prometes no asustarte, te enseñaré todo.

—Con usted no tendré miedo, contestó el niño.

Así fué, hizo su riempito y se llevó al güila a sus dominios.

A ratos iban navegando, ya caminaban por la tierra o volaban.

Por fin llegaron a unas cuevas que están fuera de este mundo.

Juan sentía frío. Las cuevas tenían fuertes portones con buena cerradura. La muerte sacó unas llaves y abrió la primera puerta.

El niño gritó al ver lo que había. La muerte no lo reprendió, sino le dió valor y le dijo:—Si tienes miedo no te explico, y te interesa saber lo que voy a decirte. Sé valiente para que puedas luchar.

El niño se agarró a la mano huesuda y vió lo que su madrina le mostraba.

Eran unas celdas las que habían en la cueva, con unas figuras como árboles, las raíces eran unas uñas que se metían en la tierra, el tronco, como cuerpo humano, las ramas como brazos, solamente las hojas eran diferentes en cada figura. En la copa asomaban unas cabezas horribles que hacían gestos feos.

La muerte habló de cada uno de ellas.

—Esta, dijo, es la pobreza, le encanta ver sufrir a los hombres. Es peor esta otra, es la miseria, un azote de la humanidad. Aquí está la enfermedad. (Las hojas eran como unos frasquitos). Las cerraduras de estas celdas están malas y se me salen estos monstruos a hacer daño por el mundo. ¡Me dan tanto trabajo...!

Había en una montaña una casita de paja, pobre, pobre... En ella vivía un matrimonio con muchos hijos, que eran una manadita desde el mayor que tenía quince años hasta el chiquitín que llevaban en los brazos.

El padre era peón y apenas le alcanzaba para mantenerlos.

Uno de los chiquitos se llamaba Pepín.

Un día salió Pepín, que también lo llamaban el dundeco, aunque no era tanto como lo creían. No le gustaba nunca salir, mas viendo que había tanta miseria en su casa dispuso ir en busca de fortuna.

Sólo la madre lo echaba de menos, los otros ni siquiera lo lloraban, eran tantos y el dundo no hacía gran cosa.

Pepín caminó mucho por el trillo y no daba con ninguna casa. Le cogió la tarde en un camino y encontró a un negro africano con la cara fea y sus dientes blancos. El niño se asustó y dió a correr de regreso y gritando. El negro lo siguió y no tardó en darle alcance.

Cogió al chiquito y en vez de hacerle daño, como creía Pepín, lo acarició, le dió un pedazo de pan y frutas que llevaba el africano.

El niño le tomó confianza al negro y le dijo:—Eres feo, pero eres bueno. Yo creí que venías quemado del infierno.

—Encontrarás en el mundo, dijo riendo el negro, gente galana con alma de diablo.

Conversaron y se hicieron amigos. El negro le contó cómo su raza había sufrido la esclavitud, de la riqueza del Africa su tierra, de los blancos que habían reducido a los negros a la miseria y la esclavitud.

El niño contó de su fuga y de la condición de los peones.

Se despidieron, el negro dió al niño un amuleto de buena suerte. Adivina... qué fué? Era la

El niño oía quejidos, aullidos, gritos, ayes. Cada fantasma tenía un sonido distinto. Estremecía oír las quejas lastimeras y los rugidos espantosos. Vió el niño que una mano negra casi lo tocaba.

—Esta—dijo la muerte—es la peste, está amarrada con mecates, pero a pesar de eso se me sale. Cuando va al mundo, te aseguro, que me canso de recoger tanto daño que hace.

—Esta es la ambición por el oro, no mata el cuerpo, pero mata el alma. Se mete en los hombres como un gusanillo malo. Las hojas eran larvas.

Había una no tan fea, cada hoja era un avalorio. La muerte dijo:—Esta es el lujo que corrompe a las juventudes.

—La pésima—en último grado, siguió, es ésta y señaló a una que rugía y se retorció encadenada dentro de la celda. Es la guerra. Logro a veces encadenarla, pero rompe las cadenas y se me sale. Entonces es triste, hijo, porque se van con ella todas las calamidades.

Estas son las siete calamidades que azotan la humanidad. No imaginas lo que Dios sufre con esto, El no lo quiere así, a mi señor le falta mucho para arreglar al mundo.

—Por qué no arranca esas malas plantas?

—Porque retoñan, hijo, ¿no ves como se meten las raíces hasta el corazón del mundo?

—Yo iré por el mundo—dijo Juan—a luchar contra esas siete calamidades.

—Anda, hijo, y no te llevaré, serás inmortal y si aparentemente te matan, renacerás en otro.

Y desde entonces hay Juanes que luchan por vencer a las siete calamidades.

La patita de conejo

patita de un conejo.

—Tiene virtud, le dijo,—vas por el mundo y alguna fe ha de salvarte, pónla en esta patita, que te dará lo que desees. Le dices:

*Patita, patita,
patita de conejo,
busca en la tierra*

o busca en el mar (Aquí agregas lo que le pides).

Solamente contra la muerte no puede esta patita.

El niño cogió la patita y cuidadosamente la metió en su bolsa.

Cuando había caminado algo dijo:

*Patita de conejo,
busca en la tierra
o busca en el mar
y me traes
lo que he de almorzar.*

Al instante vinieron tres conejitos con ricos manjares.

Le pareció bonito y dijo: Estoy cansado de andar, voy a pedirle

*Patita de conejo,
busca en la tierra
o busca en el mar
un hermoso caballo
para montar
y llegar pronto
a la ciudad.*

Al camino le salió un caballo con buena montura y Pepín subió en él.

La patita de conejo le fué sirviendo cada vez que la necesitaba.

En el camino encontró un gran río, era cau-